

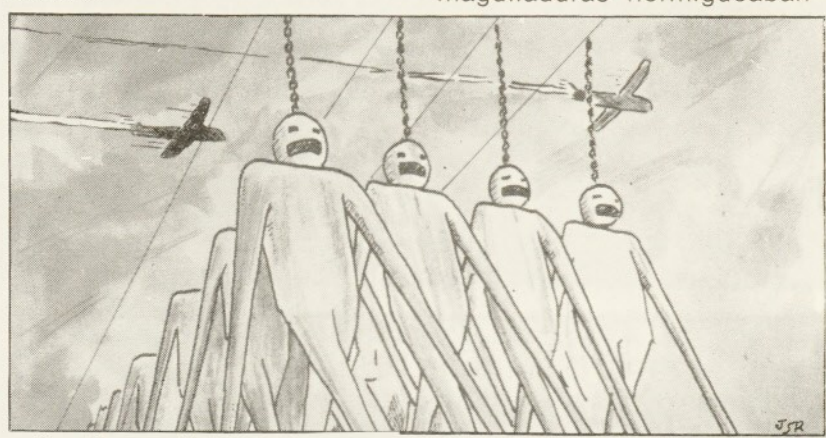
más pudo emitir sonido alguno, pero allí continuaban, entre lejanas carcajadas y babas de satisfacción, triturando los huesos de un cuerpo sin vida. Apretujado entre la masa, el vulgo, la carnaza, continué escuchando sus gritos: ¡Somos la revolución!, ¡hemos venido a parar la máquina!, ¡no queremos lujurias!, ¡basta ya de sumisión!, ¡arriba la revolución!, ¡independencia!, ¡la máquina es una ramera que nos esclaviza a cambio de esa estúpida comodidad!, ¡la máquina es una puta y a sus macarras tenemos que colgar!. El griterío desenbocó en una amplia plaza donde sólo se podían ver cabezas y más cabezas, cuellos estirados, gargantas desgarradas con la mirada en alto, fija en un balcón. Al cabo de unos minutos sorprendió nuestros tímpanos una hueca voz amplificadora ¡Escuchad imbéciles!, quienes deberían castigaros como a perros infieles no se dignan siquiera a dirigiros sus palabras, a malgastar su precioso tiempo, así que yo mismo os diré lo que haría en vuestro lugar. Teneis la cabeza llena de pájaros, ¿porqué no os lo pensáis mejor y conservando lo que aún os queda volvéis en paz a vuestras casas?, ¿habéis pensado en vuestros hijos?, ¿en su futuro?, ¿en el de vuestra tierra?. La muchedumbre agitó bestialmente vociferando contra aquella desconocida voz: ¡Hijo de puta!, ¡hijo de perra!. La voz emitió una provocadora carcajada y prosiguió interrumpiendo los insultos: ¡Sois unos maricones, unos ilusos! la revolución es una idea de locos románticos, pero estamos ya muy lejos de aquellos tiempos, ni tan siquiera la poca sensatez que brilló en aquellos cerebros se vislumbra en vuestras intenciones. ¡Los tiempos han cambiado, sois la escoria de la sociedad y os vamos a demostrar como se curte el cuero rebelde, como se hacen comestibles de los excrementos! La exaltación desbordó al término de tales insinuaciones: ¡Hijo de puta, tu vas a ser el primero!, ¡queremos cabezas y la tuya será la primera.

En ese instante el cielo se trueco en una lengua de fuego, disparos y detonaciones, humaredas de irrespirables gases, gritos y muecas de dolor, olor a muerte... Negras porras cabalgaban entre la multitud impactando sobre la sudada carne. No me quedó más remedio que huir con la

respiración entrecortada por el temor. El horror de la muerte segaba vidas a mi alrededor. Un llanto se generalizaba en los portales y ventanas que iban quedando atrás. Centenares de cadáveres rendían cuenta de un inútil sacrificio bajo el cuarto creciente de un miércoles cualquiera. Cerca de la medianoche la radio susurraba inezpresiva: ¡Rogamos a la población conserve la calma!... ¡serenidad!, ¡hemos tomado control de la situación!... ¡el estado general es de absoluta normalidad!... ¿Duerman tranquilos!. ¡buenas noches!. Y junto con la lejana risa de las hienas llegó hasta mis oídos el suspiro sensual de la máquina. ¡Ella disfrutaba de otro orgasmo!. Por fin llegó la medianoche, el día tocaba a su final y el vacío, despistado, se preguntaba si había ocurrido algo. ¡El vacío!, ese espacio inexistente donde viajeros sin ilusión se recuestan en penumbrosos rincones observando con escaso interés como transcurre el tiempo, de los años los meses, de los meses las semanas, de las semanas los días, de los días las horas, de las horas los minutos, de los minutos los segundos y de los segundos el pasado más ínfimo, más caliente, más reciente, para no sentir nada más que la nada, el olvido, para conseguir el no ser, el no estar... simplemente gustan de vegetar.

Una persona tan activa e inconstante como yo, debía de tomar una determinación, fue entonces cuando decidí reclamar independencia, fue entonces cuando exigí libertad -lo había pensado muchas veces (¡demasiadas!) recostado contra la plástica tapadera del retrete-. Por fin cuando me decidí a exponer en mi casa la posibilidad de marcharme, de vivir mi vida lejos del hogar llegó la carta, una carta oficiosa, estatal, gubernamental... La lucha de meses se desmoronó instantáneamente. Miércoles al atardecer, asomado a la ventanilla de un siniestro tren dejaba que la fuerte corriente de aire me despeinara y secara mis labios, casi no podía abrir mis ojos y si lo hacía, no era capaz de dejar de parpadear frenéticamente... ¡La patria reclamaba mis servicios!... ¿era necesaria aquella pasión, aquel calvario?... ¿No existía alguna forma de eludir aquella absurda situación?... ¿Que cojones me importaba a mi este país?... ¿Porqué manipulaban los me-

jores años de mi vida?... Los árboles, postes y otras líneas verticales iban apartándose del camino quedándose lánguida, suavemente en imagen del pasado. Un revuelo de prisas, gritos, advertencias, amenazas, empujones... rechinar de dientes:



-¿Una formación?
-¡Centenares de hombres dispuestos sobre el asfalto!
¡¡¡Máximo control!!!
ROTUNDO SILENCIO
¡Desgraciadas criaturas!, os han confiado en nuestras manos para que aprendáis a ser hombres, unos nuevos hombres con pretensiones más nobles y altas. Vais a comprender el significado de palabras de las cuales ignorais cualquier sentido, palabras como: ¡ORDEN!, ¡DISCIPLINA!, ¡ORGULLO!, ¡PATRIOTISMO!, ¡VALOR!, ¡HONOR!, ¡FIDELIDAD y OBEEDIENCIA!. Aquí no necesitareis pensar, ya que hay quien puede hacerlo por vosotros. Vuestra obligación se limitará a obedecer literalmente toda orden y ante cualquier duda, cualquier provocación: ¡ACCION!, ¡ACCION!, ¡ACCION!,...ON!,...ON!,...ON!. Aquel eco rompía toda mi persona, me arrebatava la vida como una traicionera puñalada: ¿pero qué podía hacer?, ¿qué?...
¡De frente, paso ligero!.
¡AR!... ¡Un,os,un,os...un,os...eis aron!
¡VENGA, VENGA, VENGA!, ¡MAS DEPRISA!, ¡MAS!... ¡FARDOS MOVEOS!... ¡un,os, ¡Así, con más energía!... ¡un,os, un, os, un, os, eis aron!
¡PAYASOS!, ¿donde os habeis dejado los huevos?...
¡Ese fusil, más alto!... ¡TU! ¡ERES SORDO!.
Fue lo último que escuché, sé que aquel animal me dió una patada, recuerdo un chasquido y un agudo pinchazo que me recorría los genitales hasta el vientre. Luego un día y otro y otro más. El cansancio y la ira arraigaban en mi, la existencia me pesaba, no era capaz de respirar sosegada-

mente y en momentos de ofuscación me mordía la lengua hasta notar como brotaba la calidez de la sangre. ¡Me aseguraba de que aún estaba vivo!. Agotado, desgarrado, destrozado física y mentalmente alcancé un amanecer, miles de pequeñas magulladuras hormigueaban

bajo el uniforme completamente sudado y embarrado. Por la tarde había recibido otra patada en el estómago, me encontraba fatal, no podía evitar tambalearme al caminar y en el estrecho pasillo que bordeaban dos hileras de literas intenté dejarme caer desfallecido, pero un vómito se me vino en la boca, el asqueroso sabor me impulsó hasta los retretes. De dolorosa forma me incliné hasta clavar las rodillas en el suelo y abrí la boca para que la nausea pudiera precipitarse hasta impactar en el blanco recipiente. Respiré profundamente para ahogar el dolor con la mirada perdida en la mugrienta pared, deseé sumergir mi rostro en el interior de aquella letrina que amanaba vaporosos, rancios olores de los orines y excrementos de los demás. Millones de gérmenes pululaban, me observaban desde el repugnante suelo de aquella pocilga como a una presa fácil! -sabían como yo que con muy poco podría llegar el ansiado final... ¡Pero no!... Un odio surgió de la más recóndita caverna de mi consciente y redimió a mi cuerpo de aquel desastroso pensamiento. Me prometí a mi mismo acabar con aquella situación, tarde o temprano aquel infierno daría a su fin y la vida continuaría: ¡Aquel irreparable daño me lo tenían que pagar!. Me hubiera gustado que todos los carroñeros responsables hubiesen estado allí, en el caldo que rezumaba en el mismo centro del retrete, en mi terreno: ¡No hubiera dudado en tirar de la cadena!

(continuará)
Jesús Zamora